

DOS VERSIONES DEL AMOR PARENTO-FILIAL EN LA PSICOSIS PARANOICA

Carbone, Nora Cecilia; Piazzese, Gaston Pablo

Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Psicología. La Plata, Argentina.

RESUMEN

En el marco del Proyecto de investigación I+D Clínica psicoanalítica de la vida amorosa en las neurosis y las psicosis. Un estudio de casos, acreditado por la Facultad de Psicología de la UNLP, el presente trabajo aborda, desde la perspectiva del psicoanálisis de orientación Lacaniana, el devenir de los vínculos amorosos parento-filiales en dos sujetos paranoicos: el filósofo francés Jean-Jacques Rousseau y la criminal española Aurora Rodríguez Carballeira. A partir de la metodología de análisis cualitativo de casos y de exégesis de textos, se intenta cernir, en la intersección de la particularidad de la estructura y la singularidad de la respuesta subjetiva, el valor del niño como ideal, en oposición a la dificultad para sostener el lazo amoroso efectivo con la proge- nie. En ambos casos se verifica, con sus matices peculiares, la impronta del amor muerto establecida por Lacan como la forma privilegiada que adquiere este tipo de vínculo en la psicosis.

Palabras clave

Paranoia - Amor parento-filial - Ideal - Amor muerto

ABSTRACT

TWO VERSIONS OF PARENT-CHILD LOVE IN PARANOID PSYCHOSIS Within the framework of the R&D Psychoanalytic Clinical Research Project on love life in neuroses and psychoses. A case study, accredited by the Faculty of Psychology of the UNLP, this paper addresses, from the perspective of Lacanian-oriented psychoanalysis, the evolution of parent-child love ties in two paranoid subjects: the French philosopher Jean-Jacques Rousseau and the Spanish Aurora Rodríguez Carballeira. From the methodology of qualitative analysis of cases and exegesis of texts, an attempt is made to sift, in the intersection of the particularity of the structure and the singularity of the subjective response, the value of the child as an ideal, in opposition to the difficulty to maintain the effective love bond with the progeny. In both cases, the imprint of dead love established by Lacan as the privileged form that this type of bond acquires in psychosis is verified, with its peculiar nuances.

Keywords

Paranoia - Parental-filial love - Ideal - Dead love

Introducción

En el Seminario IV, cuando Lacan indaga la lógica de los vínculos primordiales que organizan la experiencia subjetiva del *infans*, se pregunta: “¿qué ocurre (...) en la primera etapa concreta de la relación de amor (...)?”. Afirma entonces que “*ser amado, geliebt werden*, es fundamental para el niño” (Lacan, 1957, p. 225).

Tal experiencia, que como es sabido se encuadra en la lectura estructural que el autor hace del Edipo y del Complejo de castración Freudianos a la luz del entrecruzamiento de los tres registros, abre el interrogante por las particularidades que presenta el lazo de amor parento-filial cuando el mismo no sigue la carretera principal del Nombre-del-Padre.

Ahora bien, si en aquel entonces Lacan hacía hincapié en los alcances de dicha relación en la constitución subjetiva y sintomática del niño -no debe olvidarse que estaba dando los fundamentos de la fobia de Juanito-, resulta interesante plantearse su reverso: ¿qué sucede en la economía libidinal de un sujeto -padre o madre- ante la alternativa de brindar una envoltura de amor a su hijo? Y, ¿qué, en el caso de que aquel no cuente con el elemento privilegiado para dar a ese amor su dimensión simbólica?

El presente trabajo, que se enmarca en el Proyecto de investigación I+D acreditado por la UNLP denominado *Clínica psicoanalítica de la vida amorosa en las neurosis y las psicosis. Un estudio de casos*, se propone recuperar estas cuestiones para sondear los avatares del vínculo amoroso de dos sujetos paranoicos con su proge- nie: el polímata Jean-Jacques Rousseau y Emilio, la criatura de su imaginación, y la filicida Aurora Rodríguez Carballeira e Hildegart, su hija “estatua humana”. Para ello se tendrá en cuenta, en el cruce entre la particularidad de la estructura y la singularidad de la respuesta subjetiva, el valor del niño como *ideal* y su función -estabilizadora o no- en la psicosis.

Jean-Jacques Rousseau y su *Emilio*: el ideal ficcionado

Jean-Jacques Rousseau fue uno de los intelectuales de lengua franca más importantes del siglo XVIII. Escritor, pedagogo, filósofo, músico, botánico y naturalista, sus ideas influyeron en gran medida en la Revolución francesa y en el desarrollo de las teorías republicanas de la época. Este genial pensador fue, además, un paranoico, si nos atenemos a su posición de radical inocencia frente a un Otro siempre maligno. Profundamente desconfiado, agobiado por la relación con sus semejantes, su sensación de *ser un juguete*, permanentemente a merced de

la mirada intrusiva del prójimo, revela la modalidad xenopática que caracterizaba su lazo social. El primer episodio claramente delirante que experimentó tuvo lugar en el marco de la publicación de una de sus obras mayores, *Emilio, o De la educación* (1762) momento cuando, como bien lo afirma Colette Soler, “fue de los jesuitas, “los más honestos entre los intérpretes autorizados de las escrituras”, de quienes esperó la falsificación de su profesión de fe y el ultraje a su memoria. (...)” (Soler, 1991, p. 122). Cabe preguntarse entonces por los resortes de tal desestabilización y, más aún, por la función de esta obra en el régimen subjetivo del autor, previamente al desencadenamiento del delirio. Tal como veremos, el amor paterno-filial cumple un papel central en ambos aspectos.

Emilio, o De la educación es un tratado filosófico sobre la naturaleza del hombre, juzgado por Rousseau como la mejor y más importante de todas sus obras. En dicho texto aborda temas políticos y filosóficos concernientes a la relación del individuo -para él, bueno por naturaleza- con la sociedad, a la que consideraba como esencialmente corrupta. Según su punto de vista, era la educación la que permitiría al *hombre natural* convivir con esa sociedad infecta, y la historia novelada del joven Emilio y su tutor, la cabal ilustración de cómo se debía educar al ciudadano *ideal*. No fue éste su primer escrito, ni tampoco el último. Colette Soler indica que la obra toda de Rousseau constituye un intento de rodear el agujero de la *verwerfung* a través de la escritura, y esto a partir de la asunción de “ideales sucesivos en una estrategia que inscribe un simbólico nuevo allí donde el Nombre-del-Padre falta” (Soler, 1991, p. 74). Pero es puntualmente con el *Emilio* -para ser más precisos, con su publicación- que la suplencia simbólica aparece en su faz más fallida. ¿Cómo juega, para este desenlace, la composición y el funcionamiento del ideal amoroso?

Una primera respuesta a este interrogante surge si se tiene en cuenta lo que Lacan llama “la constelación original que presidió el nacimiento del sujeto” (Lacan, 1951, p. 42). De acuerdo a *Les Confessions* (1763), su madre, muerta en el parto, deja a un padre inconsolable, que solo encuentra solaz en la figura de su hijo amado. Jean-Jacques, es llamado allí a ocupar el lugar de la falta, pero de una falta que no implica la formulación del deseo, sino más bien la encarnación de un ideal del amor sin mediación. Aunque se trate de una construcción mítica de corte erotómano, no puede dejar de entrecruzar el valor causal de este particular triángulo, así como tampoco la huella que dejará en todo el trabajo subjetivo.

Volvamos ahora al *Emilio*, cuyo protagonista es un niño *ideal*. Verdadero *hijo de la naturaleza*, no debe sentir la muerte, y sus aspiraciones estarán reducidas a las necesidades naturales. El precio a pagar es alto: no hay naturaleza posible si existe el significante en el lugar del Otro, pues éste mortifica todo lo que haya de inmanentemente vivo en el ser hablante. En consecuencia, para ser tal, el niño natural no tendría que hablar ni tener semejantes. Emilio quedará así excluido de todo otro lazo social, más allá de su vínculo con el preceptor, con quien se completa,

imaginariamente, el ideal roussoniano. El educador -cuya palabra también será suprimida-, no debe dejar al discípulo ni a sol ni a sombra. Su omnipresencia, correlativa de la ausencia de simbolización que posibilitaría la inscripción del deseo del Otro, deja como saldo la invención “de un humano que no sería un sujeto” (Soler, 1991, p. 122).

Al momento de escribir su *Emilio*, Rousseau ya había tenido cinco hijos con una mujer analfabeta. Curiosamente, no es la exigencia de simbolización implicada en la asunción de esa paternidad la que desencadena su delirio. En efecto, con la intuición que muchas veces se constata en ciertos sujetos psicóticos, Jean-Jacques se las arregló para sortear la confrontación con el agujero forclusivo entregando a sus hijos al hospicio a medida que iban naciendo. El argumento que justifica su accionar no sorprende, si nos atenemos a lo que con tanto ahínco preconizó en su libro. Según su parecer, era necesario apartarlos de la nefasta influencia de su familia política, carente de toda educación.

Las circunstancias cambiaron, para él, cuando dio a luz a *Emilio*, el niño de su imaginación, a quien innumerables veces llamó *hijo*. Hasta ese momento, la relación con su criatura idealizada, como un intento de suplencia imaginario-simbólica, parecía tener mayor consistencia libidinal que la mantenida con los hijos que había traído al mundo en la realidad. Con todo, fue justamente el acceso a una nueva paternidad -la implicada al dar a conocer la obra- lo que lo enfrentó al *llamado vano* al significativo inexistente. Entonces, el retorno en lo real no se hace esperar: los *padres* jesuitas son los primeros en personificar, en su delirio, lo que va a ser una serie de figuras persecutorias que lo acosará por el resto de su vida.

Es lícito aquí preguntarnos ¿qué es el amor para Rousseau? Y aún más, ¿cómo se especifica su versión del amor en la relación padre-hijo? En principio diremos que, para él, el amor es un sentimiento que se descompone en dos pasiones muy diferentes: por una parte, lo que llama el *amor de sí mismo*, “un sentimiento natural que conduce a todo animal a velar por su autoconservación”, y que, “dirigido en el hombre por la razón y modificado por la piedad, produce la humanidad y la virtud” (Rousseau, 1755). Como los pseudópodos de los que nos hablaba Freud en *Introducción del narcisismo* (1914), dicho sentimiento puede extenderse a los objetos y a otros seres, de modo tal que el amor a otro es siempre la extensión del amor de sí en él. En la mente de Rousseau, este tipo de amor es la fuente de las pasiones dulces, pues “si nos amamos para conservarnos, amamos a quienes nos conservan” (Rousseau, 1755). El recurso a la *imaginación creadora*, en donde el hijo ideal juega un rol central, viene al lugar de la carencia para asumir la función paterna. Como él mismo afirma, “la imposibilidad de alcanzar los seres reales me arrojó al país de las quimeras y...lo nutría en un mundo ideal que mi imaginación creadora pobló enseguida de seres afines a mi corazón” (Rousseau, 1763).

Ahora bien, si el *amor quimérico* es la modalidad privilegiada que toma el vínculo padre-hijo en detrimento de un lazo con la

prole de carne y hueso que le resulta a todas luces irrealizable, no es, sin embargo, la única forma del amor. El filósofo contempla también el *amor propio*, al que considera un afecto relativo, artificial, nacido en la sociedad, y que lleva a cada individuo a valorarse a sí mismo más que a cualquier otro. Es este el que inspira todos los males que los hombres se causan mutuamente, y que es la verdadera fuente del honor. En este caso, se trata de un amor que vuelve desde afuera como odio delirante por parte de quienes pretenden deshonrarlo. Como hemos dicho, Rousseau se convierte en una especie de hijo maldito, perseguido por los *padres* de la Iglesia.

Es sabido que, ya tempranamente en su obra, Lacan delimita el valor de las identificaciones ideales *inmediatas*, solidarias de la infatuación del sujeto paranoico. Las mismas tienen una función compensadora del Edipo ausente, pero a la vez llevan su marca; en otras palabras, allí donde “el modelo paterno falta, qué otra cosa queda para suplantarlos sino los ideales del Otro, (...) cuya exaltación, así como la exigencia de legitimidad, se agranda en proporción a la falla de la ley inconciente” (Soler, 1991, p. 123). De ahí el carácter malogrado que suelen ostentar y que se revela en una proliferación del delirio persecutorio, conducente, muchas veces, al pasaje al acto. Rousseau y su *Emilio* -es más, Rousseau y toda su obra-, son testimonio de ese fracaso de la apelación al ideal para asegurar al sujeto un lazo social lo suficientemente pacífico.

Nuestro ilustre pensador cuenta, no obstante, con un último recurso. Una vez más, el exhaustivo texto de Soler nos ilumina: en una suerte de torsión sobre sí mismo del ideal exteriorizado, Rousseau acaba igual que el niño de sus sueños: dichoso y libre, pero solo. Como un *paseante solitario*, comienza a alejarse cada vez más del mundo. Con su “autismo cultivado” (Soler, 1991, p. 133), experimenta lo que había ficcionado para el niño natural, poniendo en práctica para ello “todos los procedimientos de la desatadura, en provecho de un aquí y ahora sin horizonte” (Soler, 1991, p. 134). Sólo así alcanza -aunque por cortos intervalos-, la supresión de las coordenadas simbólicas e imaginarias que le permite una efímera desubjetivación con la que logra defenderse de la intrusión del Otro malvado. En esos momentos se vuelve, como su hijo imaginado, un *ser-ahí*, pura presencia. La salida, pareciera, adquiere la forma de una exacerbación del *amor de sí mismo*, correlativa de un esfuerzo constante por liberarse del *amor propio* que lo sume en el oprobio. Al menos así lo expresa de manera elocuente en sus ensoñaciones, cuando dice: “Heme aquí entonces solo sobre la tierra (...) no hay ni habrá en el mundo nadie a quien ame ni quien me ame” (Rousseau, 1766).

Aurora Rodríguez y su “estatua humana”:

Hildegart, el ideal encarnado

Aurora Rodríguez Carballeira fue una mujer española, tristemente célebre en los años '30 por haber asesinado de cuatro disparos a su hija Hildegart, una conspicua militante de la izquierda feminista, apodada *la virgen roja*. Este salvaje pasaje al acto criminal fue el corolario -aunque no la clausura- de un momento particularmente álgido dentro de un delirio paranoico de larga data. De manera insidiosa -si parafraseamos a Kraepelin-, todo comienza en los albores de su adolescencia, cuando Aurora toma a su cargo al hijo natural de su hermana, de quien hace un verdadero niño prodigio. Sobre un trasfondo de “generoso idealismo” (de Guzmán, 1972, p. 34), de un peculiar anhelo por tener una “muñeca de carne y hueso” (de Guzmán, 1972, p. 34) y de un temprano desprecio hacia el hombre, el sexo y el matrimonio, el delirio crece. “En su mente se van fijando ideas que adquieren consistencia firme (...) Sabe perfectamente ya dónde va y lo que quiere. Necesita tener un hijo; una hija mejor (...)” (de Guzmán, 1972, p. 34). La idea delirante paranoica de sesgo redentor se cristaliza, con los rasgos formales de certeza de significación y a-dialecticidad que le son propios: su hija será “una mujer fuerte, guiada desde antes de nacer, que comprenda y realice sus anhelos. Una mujer sana de cuerpo y alma, en cuyo cerebro vibre con fuerza indestructible una gran idea de liberación humana” (de Guzmán, 1972, p. 34). Ella será la madre modelo que cree una hija modelo. Juntas iniciarán “la reforma y mejora de la humanidad a través de la eugenesia” (Rendueles, 1989, p. 29).

Lejos de quedar en el marco de la imaginación, este ideal se convierte en el organizador de su existencia y busca -tal como veremos, con cierto éxito-, concretarse en el plano de la realidad. Aurora espera pacientemente la mayoría de edad para ejecutar su plan. Cuando ésta llega, va al encuentro de un hombre que le dé un vástago “sin reclamo alguno”; alguien “sin taras, (...) distinto, moral y físicamente” (Rendueles, 1989, p. 92), con quien logra engendrar a su soñada hija. El neologismo *colaborador fisiológico*, que utiliza reiteradamente para referirse a quien sería el padre de la criatura, ilustra muy bien la singular posición de Aurora frente al Otro sexo y frente a la maternidad. No hay allí amor, deseo ni pasión. La dimensión de la metáfora está radicalmente ausente; la carencia del padre como función, correlativa de lo que se va a configurar luego como una madre de *pura presencia* en la crianza de la niña, acusará el golpe en lo real, años más tarde, cuando todas las defensas imaginarias tambaleen y Aurora se vea empujada a eliminar a su producto mediante el pasaje al acto asesino.

No pueden dejar de evocarse aquí las reflexiones de Lacan en su primera clínica, momento en que señalaba la importancia de la articulación del deseo de la madre en los tres tiempos del Edipo. Tampoco sus elaboraciones postreras, en las que cernía la forma particular de presentación del deseo en la paranoia bajo la noción de *deseo congelado*. Ambas conceptualizacio-

nes resultan complementarias e iluminan cabalmente el caso de Aurora. Como una verdadera boca de cocodrilo -pero sin el rodillo-, se trata, para ella, de “un deseo saturado por un único objeto, que genera la metonimia de una significación única” (Soler, 2009, p. 217).

En relación con lo anterior, cabe destacar el sesgo que adquiere el amor en esta particular pareja madre-hija. El esfuerzo paranoico de nuestra *Pigmalión* por modelar su estatua, implica la supresión de todo componente tierno. No hay para la niña ninguna palabra afectuosa ni caricias. Solo las une el deber y la lucha, pues “quien aspira a una obra superior, a crear una mujer perfecta capaz de influir decisivamente en la redención de las demás mujeres, no puede dejarse ganar por sentimentalismos románticos y cursis” (de Guzmán, 1972, p. 45). No se trata, evidentemente, de un mero sofocamiento de la moción amorosa, sino, diremos, de un verdadero rechazo del amor en lo simbólico, que retorna luego en lo real, en una suerte de delirio de a dos, como una visión pesimista del “desorden amoroso del mundo” que vuelve conveniente la eugenesia para “conservar la especie por encima de todo, antes por tanto que el mismo amor” (Rendueles, 1989, p. 108).

En síntesis: un deseo no sostenido en la sobredeterminación del fantasma por la cadena simbólica, sino organizado imaginariamente con la apoyatura de la criatura real, a quien le está vedado el amor que la castración habilita. En efecto, ése parece ser el cariz singular que adquiere el arreglo delirante de esta mujer. Allí donde Rousseau movilizaba sus defensas simbólico-imaginarias concibiendo un niño ideal ficcionado -es decir, tratado a partir del ejercicio de la escritura-, Aurora crea una “estatua de carne” (de Guzmán, 1972, p. 37), a la que cincela con paciencia de escultor. La pequeña Hildegart, alienada a la peculiar posición materna, se aviene durante un largo tiempo a ello: bajo la estricta y omnipresente tutela de Aurora, aprendió a leer y a escribir muy precozmente, llegó a dominar cuatro idiomas y terminó la carrera de Derecho con 17 años para luego comenzar Medicina. Ya a los 14 años militaba en política y participó activamente en la Liga Española para la Reforma Sexual. Los redoblados cuidados y las exigencias sostenidos por Aurora con respecto a la hija desde su más temprana infancia, alcanzaron, en la realidad, los espléndidos resultados que Rousseau sólo pudo acariciar en el *Emilio* a través de su bella prosa: Hildegart es fruto de una educación cuidadosa, un modelo precoz de virtud extraordinaria, y por ello le espera un futuro grandioso. Como *factótum* de Aurora, se presta a dar cuerpo al ideal megalómano materno, sosteniéndose en él y sosteniéndolo. Durante más de tres lustros, la particular solución que en la juntura de lo imaginario y lo real amalgama al yo ideal con el ideal del yo, parece haber triunfado. Entonces, ¿cuál fue, para esta inigualable dupla, el punto de quiebre que desencadenó el desenlace fatal? ¿Qué rol tuvo allí su versión del amor/deseo materno-filial?

A los 18 años, la joven, que había despertado la admiración y el afecto del científico Havellock Ellis y del escritor H.G. Wells, es

aconsejada e invitada por ellos a abandonar España y a partir a Inglaterra, donde encontraría mayores facilidades para realizar su labor. Hildegart considera la propuesta, a pesar de la negativa de su madre, sin ocultar ni disimular su absoluta libertad e independencia para tomar sus propias decisiones, aun cuando eso implicara apartarse de Aurora y de los planes que ésta había trazado para ella. Un abismo comienza a abrirse entre madre e hija o, mejor dicho, entre el ideal sin mediación de la primera y la corpórea alienación al mismo de la segunda. Las discusiones, los entredichos y la distancia se instalan en la relación entre ambas. Si bien esta separación es integrada al delirio paranoico de Aurora en términos de un complot, pergeñado por “gentes interesadas en (...) transformarla en servidora de intereses opuestos a los que (ella) había imaginado” (de Guzmán, 1972, p. 43), el trabajo de sujeto no bastó para evitar el desastre que precipitaría el movimiento deseante de la hija. Es Hildegart, con su deseo, quien interfiere en la pareja imaginaria que formaba el yo de Aurora con su ideal, volviéndose profundamente ajena -y por lo tanto persecutoria-. A falta del significante privilegiado que le hubiera permitido simbolizar el deseo de su hija, ésta aparece en lo real como una intrusa, desencadenando el agudo episodio delirante persecutorio que culminará, en este caso, con el homicidio. La suerte de la “virgen roja” está echada; Aurora toma la irremediable y fatal decisión de eliminarla. Según sus dichos, “Hilde olvidó su misión en la vida, le faltaron las fuerzas para llevarla a feliz término y dejó que quienes se movían en las sombras minasen su voluntad y la enfrentaran conmigo, haciendo inevitable la tragedia” (de Guzmán, 1972, p.109).

La hija “ya no servía” para lo que la madre la había creado, pero “tampoco debía vivir si no era para ello”. Todo conducía a la “necesidad imperativa de su desaparición” (de Guzmán, 1972, p.109). Paradójicamente, Aurora debe desembarazarse de Hildegart para mantener a salvo su ideal redentor: “En la habitación quedaba mi hija muerta (...) su pobre cuerpo destrozado (...) pero conmigo me llevaba lo que era mío; me llevaba su espíritu, que me pertenecía por entero (...)” (de Guzmán, 1972, p. 113). Con el sacrificio de la hija, Aurora elimina la libra de carne que, tras la caída de la veladura imaginaria, ya no causaba su deseo solidificado ni condensaba su goce. A diferencia del pasaje al acto heteroagresivo de Aimée, que hizo echar por tierra el conjunto de sus manifestaciones paranoicas, el homicidio perpetrado por nuestro sujeto le posibilita reintegrar el ideal previamente amenazado por la intrusión de Una-hija-en-lo-real, para continuar así su misión delirante mesiánica. La *reforma social* que se siente llamada a cumplir para crear una humanidad más justa, se continúa primero en la prisión y más tarde en el hospicio, en donde “las ideas directrices, la utopía que guió su vida” (Rendueles, 1989, p. 9) intentan ser plasmadas a través de un esfuerzo concreto por modificar no sólo las penosas condiciones de la vida carcelaria y manicomial, sino también la psiquiatría toda y la higiene mental. Como parafraseaba Lacan a Freud en el Seminario III, “el psicótico ama su delirio como a sí

mismo” (Lacan, 1956, p. 365), y Aurora Rodríguez es un ejemplo de ello. Y si el mal encuentro con un deseo imposible de simbolizar simbólicamente hizo peligrar esa especie de narcisismo delirante que daba consistencia de nudo a su vida, el pasaje al acto homicida volvió a poner las cosas en su lugar.

Conclusión

Lo desarrollado hasta aquí ha permitido cernir la singularidad de dos modalidades del amor parento-filial en la paranoia. En el devenir de Rousseau y de Aurora resuenan ciertas lecturas contemporáneas (Miller et al., 2006) sobre el sesgo mortífero que Lacan atribuía al amor psicótico:

¿(Eso) está ligado al hecho de que allí el sujeto sólo se ama a sí mismo, o ama un ideal por el que sustituye la realidad del partenaire? ¿O acaso el sujeto psicótico ama a Otro, tan Otro que no puede encarnarse en un ser viviente sino en una ficción delirante? (p. 11)

En ambas versiones se ha podido corroborar -con sus correspondientes matices- el lugar privilegiado que toma la figura del hijo como *ideal*, en desmedro del vínculo amoroso efectivo con un vástago. Rousseau, que renuncia primero a su prole en pos de la paternidad de un niño de ficción, debe, luego de su fracaso, apelar a convertirse él mismo en hijo, amando sus ensoñaciones como a sí mismo, en un trabajo que no logra depurar completamente el elemento persecutorio. Aurora, en cambio, sostiene el amor a su norte delirante materializado en una hija, pero se ve empujada a sacrificarla para ponerlo a salvo cuando aquella despliega los signos de un deseo que le resulta imposible de simbolizar.

REFERENCIAS

- de Guzmán Espinoza, E. (1972). *Mi hija Hildegart*, Plaza & Janés.
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En *Obras completas*, Amorrortu, vol. 14.
- Lacan, J. (1951). El mito individual del neurótico. En *Intervenciones y textos 2*, Manantial.
- Lacan, J. (1955-1956). *Las Psicosis. El seminario, Libro 3*, Paidós.
- Lacan, J. (1956-1957). *La relación de objeto. El seminario, Libro 4*, Paidós.
- Miller, J-A. et al. (2006). *El amor en la psicosis*, Paidós.
- Rendueles Olmedo, G. (1989). *El manuscrito encontrado en Ciempozuelos: análisis de la historia clínica de Aurora Rodríguez*, Endymion.
- Rousseau, J-J. (1763). Jean-Jacques Rousseau. Collection complète des oeuvres. Genève: *Rousseau online*. <https://www.rousseauonline.ch/pdf/rousseauonline-0002.pdf>
- Rousseau, J-J. (1776). Jean-Jacques Rousseau. Collection complète des oeuvres. Genève: *Rousseau online*. <https://www.rousseauonline.ch/pdf/rousseauonline-0002.pdf>
- Soler, C. (1991). *Estudios sobre las psicosis*, Manantial
- Soler, C. (2009). *La querrela de los diagnósticos*, Letra Viva.